

MODELO ÉTICO-PEDAGÓGICO PARA LA EDUCACIÓN SUPERIOR EN LA ERA DE LA INTELIGENCIA ARTIFICIAL

ETHICAL-PEDAGOGICAL MODEL FOR HIGHER EDUCATION IN THE AGE OF ARTIFICIAL INTELLIGENCE

José Luis Girarte Guillén 

Universidad de Montemorelos, México

jgirarte@um.edu.mx

RESUMEN

La inteligencia artificial (IA) ha transformado aceleradamente la educación superior, reconfigurando procesos de enseñanza, aprendizaje y gestión académica. Más allá de su impacto técnico, plantea interrogantes éticos, epistemológicos y espirituales que interpelan la misión formativa universitaria. Este ensayo teórico-reflexivo, sustentado en una revisión narrativa crítica de estudios recientes (2023–2025), analiza la relación entre innovación tecnológica, formación ética y cosmovisión cristiana en el contexto iberoamericano. A partir del análisis de percepciones, actitudes y desafíos vinculados al uso de IA en entornos universitarios, se argumenta que la alfabetización digital debe integrar el discernimiento moral, la competencia técnica y la sensibilidad espiritual. El trabajo propone un modelo ético-pedagógico integral con tres ejes: prudencia tecnológica, formación del carácter y justicia digital. Esta propuesta ofrece una guía aplicable al diseño curricular, la práctica docente y la política institucional, articulando tecnología, fe y educación como pilares para una universidad más humana y transformadora.

Palabras clave: inteligencia artificial, ética, educación superior, cosmovisión cristiana, alfabetización digital, discernimiento moral

ABSTRACT

Artificial Intelligence (AI) has rapidly transformed higher education, reshaping teaching, learning, and academic management processes. Beyond its technical impact, AI raises ethical, epistemological, and spiritual questions that challenge the formative mission of universities. This theoretical-reflective essay, grounded in a critical narrative review of recent literature (2023–2025), examines the relationship between technological innovation, ethical formation, and Christian worldview within the Ibero-American context. Drawing on empirical studies about perceptions, attitudes, and challenges related to AI use in university settings, it argues that digital literacy must integrate moral discernment, technical competence, and spiritual sensitivity. The paper proposes an integral ethical-pedagogical model composed of three pillars: technological prudence, character formation, and digital justice. This

model offers a practical guide for curriculum design, teaching practices, and institutional policies, aiming to articulate technology, faith, and education as foundations for a more humane and transformative university.

Keywords: artificial intelligence, ethics, higher education, Christian worldview, digital literacy, moral responsibility

Introducción

La inteligencia artificial (IA) ha pasado, en menos de una década, de ser una promesa de laboratorio a una fuerza fundamental en la educación superior. Los sistemas de recomendación, los tutores inteligentes, la analítica del aprendizaje y los generadores de contenido automatizado están reconfigurando la relación entre docentes, estudiantes y conocimiento. En este nuevo ecosistema, la capacidad de las universidades para integrar la tecnología con sentido ético y espiritual se convierte en un indicador de su compromiso con la dignidad humana como creación de Dios y de su madurez formativa.

El debate actual no gira únicamente en torno a la eficacia de la IA para optimizar el aprendizaje, sino en su influencia sobre la libertad responsable y la creatividad humana bajo los principios divinos. Tal como advierten Abbasi et al. (2025) y Chan y Hu (2023), los usuarios perciben la IA como una herramienta ambivalente: facilita la comprensión y la productividad, pero también puede erosionar la autoría, el pensamiento crítico y la autenticidad académica. En este contexto, la educación no puede limitarse a capacitar en habilidades digitales, sino que debe cultivar una ética del conocimiento fundada en la verdad revelada y en el servicio al prójimo.

Desde la perspectiva iberoamericana, este desafío adquiere matices particulares. Las universidades de la región se enfrentan a desigualdades tecnológicas,

brechas formativas y tensiones entre modernización y humanismo. En este escenario, la IA ofrece una oportunidad para replantear la misión universitaria a la luz de los valores que históricamente han orientado su quehacer: la búsqueda de la verdad, la promoción de la justicia y el servicio a la comunidad. En palabras de Airaj (2024), el verdadero reto no es incorporar la IA al aula, sino formar sujetos capaces de usarla con prudencia y compasión.

Asimismo, el pensamiento cristiano, profundamente arraigado en la tradición educativa iberoamericana, ofrece una perspectiva singular para abordar la ética de la tecnología. El principio bíblico de que “el temor del Señor es el principio de la sabiduría” (Proverbios 9:10) recuerda que todo conocimiento implica responsabilidad. La tecnología, por tanto, no es un fin en sí misma, sino un medio para desarrollar el carácter moral y servir al bien común. Esta visión teológica se alinea con la noción contemporánea de “alfabetización ética digital” (Deroncele-Acosta et al., 2024), que integra discernimiento moral, competencia técnica y sensibilidad espiritual.

Este trabajo se estructura como un ensayo teórico-reflexivo sustentado en una revisión narrativa crítica de literatura reciente (2023–2025), centrada en estudios sobre percepciones, desafíos y propuestas éticas en el uso de inteligencia artificial en la educación superior. A diferencia de revisiones sistemáticas con criterios exhaustivos, esta aproximación

selecciona fuentes relevantes mediante un criterio analítico-interpretativo, con el propósito de identificar patrones emergentes, articular principios ético-pedagógicos y proponer un modelo integral de alfabetización digital con base cristiana.

Fundamentación teórica: ética, aprendizaje y tecnología

La reflexión ética en torno a la inteligencia artificial (IA) aplicada a la educación no puede reducirse a un inventario de dilemas morales ni a un conjunto de normas de conducta. Su verdadera dimensión se ubica en el ámbito formativo: el desarrollo del juicio, la responsabilidad y la sensibilidad moral frente al conocimiento tecnológico. Desde esta perspectiva, la ética se convierte en una disciplina de discernimiento más que de prohibición. Así, el problema esencial no es “qué puede hacer la IA”, sino “qué debería hacer” en un contexto educativo orientado a la dignidad humana y al bien común.

La ética de la tecnología como pedagogía del discernimiento

La rápida expansión de la IA en los procesos educativos ha intensificado la necesidad de repensar la ética como una pedagogía del discernimiento. Burton et al. (2017) subrayan que la enseñanza de la ética en contextos tecnológicos requiere un enfoque experiencial y práctico, donde los estudiantes aprendan a identificar y resolver conflictos de valor mediante la reflexión y el diálogo. En lugar de presentar la ética como un marco normativo externo, los autores proponen integrarla como parte del proceso de aprendizaje, fomentando una “alfabetización moral” que acompañe el desarrollo técnico.

Desde un punto de vista filosófico, esta alfabetización moral puede entenderse

a la luz de la tradición aristotélica, que concibe la virtud como el resultado de la práctica deliberada. La educación ética, por tanto, debe propiciar espacios de encuentro donde el estudiante aprenda a ejercer su libertad con responsabilidad. En el contexto de la IA, esta enseñanza se traduce en la capacidad de usar herramientas tecnológicas sin delegar el juicio humano al algoritmo.

Ética formativa y educación superior

La ética formativa implica asumir que el conocimiento tiene una dimensión moral intrínseca. No se trata únicamente de saber usar la IA, sino de comprender sus implicaciones para la verdad, la justicia y la autonomía. Airaj (2024) propone un modelo de “IA ética para la enseñanza-aprendizaje” donde el docente actúa como mediador entre la competencia técnica y la formación axiológica. En su marco, el uso de la IA no se limita a la transmisión de contenidos, sino que se convierte en un medio para ejercitar virtudes intelectuales como la prudencia, la humildad epistémica y la empatía cognitiva.

Esta visión coincide con la idea de la educación como “laboratorio moral” propuesta por Falebita y Kok (2024), quienes destacan que la interacción con tecnologías inteligentes confronta a los estudiantes con dilemas reales: autoría, dependencia, equidad o veracidad. En tales situaciones, la educación ética se vuelve performativa: se aprende ética al decidir, al equivocarse y al reflexionar sobre las consecuencias de cada acción tecnológica. Por ello, los entornos universitarios deben promover una cultura de responsabilidad compartida, donde los docentes modelen el pensamiento ético en su práctica pedagógica.

En este sentido, la formación superior enfrenta un doble desafío: por un lado, preparar a los estudiantes para

convivir con sistemas inteligentes; por otro, preservar el sentido humano del aprendizaje. Como advierten Deroncelle-Acosta et al. (2024), la integración de la IA en la educación debe regirse por principios de justicia, transparencia y responsabilidad. Estos valores no pueden enseñarse mediante manuales, sino mediante experiencias de aprendizaje reflexivo que involucren tanto la cognición como la afectividad.

El pensamiento crítico y la virtud de la prudencia

La tradición ética occidental, desde Aristóteles hasta Tomás de Aquino, coloca la *phronesis* (prudencia práctica) en el centro de la acción moral. En el ámbito educativo, la prudencia se traduce en la capacidad de decidir con sabiduría frente a la complejidad. La IA, al automatizar procesos de análisis y decisión, tiende a erosionar este espacio deliberativo si no se acompaña de un ejercicio consciente de reflexión humana. De ahí la urgencia de formar sujetos prudentes, no solo competentes.

La prudencia, entendida como virtud intelectual y moral, exige reconocer los límites del conocimiento humano y la falibilidad de las tecnologías. En el contexto educativo, esta virtud se vincula con la ética del cuidado (Birkelund, 2000), que invita a asumir responsabilidad por las consecuencias del propio conocimiento. De este modo, el pensamiento profundo no es una destreza cognitiva aislada, sino una forma de cuidado del otro y de sí mismo en la interacción con la tecnología.

El cultivo de la prudencia implica también un proceso de desaprendizaje. En sociedades que valoran la inmediatez y la eficiencia, la educación ética debe recuperar el valor del tiempo, la reflexión y la contemplación. Como advierte Olivier (2025), la alfabetización en IA no puede

reducirse a la adquisición de habilidades técnicas, sino que debe integrar la reflexión sobre los fines y los valores que orientan su uso. En otras palabras, la ética de la IA es, ante todo, una ética de la lentitud y del discernimiento.

Tecnología, autonomía y formación del carácter

La educación superior ha tendido históricamente a privilegiar el conocimiento teórico sobre la formación del carácter. Sin embargo, la irrupción de la IA ha puesto en evidencia que la dimensión moral es inseparable del ejercicio intelectual. Las decisiones automatizadas, los sesgos algorítmicos y la dependencia tecnológica exigen una educación que fortalezca la autonomía moral responsable del estudiante, entendida como libertad guiada por principios divinos. Según Chan y Hu (2023), la percepción de la IA como apoyo al aprendizaje solo se traduce en beneficios reales cuando el estudiante mantiene control sobre su propio proceso cognitivo.

Desde una visión cristiana, la autonomía no significa independencia absoluta, sino autodominio orientado al bien. La libertad auténtica, como señala el pensamiento teológico, no consiste en la ausencia de límites, sino en la capacidad de elegir responsablemente. En este sentido, la IA se convierte en un espejo de la condición humana: puede amplificar tanto nuestras virtudes como nuestras debilidades. De ahí la relevancia de una educación que no solo enseñe a “usar” la IA, sino a “ser” en relación con ella.

Hacia una ética educativa de inspiración cristiana

El marco ético que orienta esta reflexión se inspira en la cosmovisión cristiana del conocimiento como don y responsabilidad. En el relato bíblico de la creación, la inteligencia humana es un

reflejo de la imagen divina y, por tanto, un llamado a la mayordomía del saber. Este principio implica que el conocimiento tecnológico debe usarse al servicio de la vida y la justicia. Aplicado al contexto universitario, este paradigma se traduce en una ética del servicio: formar profesionales que no busquen dominar la tecnología, sino ponerla al servicio del bien común.

Desde esta perspectiva, la educación ética no puede desligarse de la espiritualidad. La sabiduría —en su sentido bíblico y filosófico— unifica el intelecto y la compasión, el análisis y la fe. Así, la IA se convierte en un escenario donde se prueba la madurez moral de la humanidad: ¿seremos capaces de usar la inteligencia artificial de manera humana? Como recuerda Airaj (2024), el futuro de la educación dependerá de la capacidad de los docentes para guiar con humildad y discernimiento el uso de tecnologías cada vez más autónomas.

Evidencia empírica reciente: percepciones y desafíos

La comprensión del papel de la inteligencia artificial (IA) en la educación superior requiere un abordaje teórico y también la consideración de la evidencia empírica que refleja las experiencias, actitudes y preocupaciones de los principales actores educativos. La literatura reciente ofrece una panorámica diversa y en expansión, en la que convergen estudios cuantitativos, cualitativos y mixtos sobre la percepción, aceptación y uso ético de la IA por parte de estudiantes y docentes. En el contexto iberoamericano, estos hallazgos permiten identificar tendencias emergentes y desafíos persistentes que exigen una respuesta pedagógica y ética integral.

Actitudes estudiantiles ante la IA: entre el entusiasmo y la cautela

Los estudios de Chan y Hu (2023) so-

bre las percepciones de los estudiantes universitarios ante el uso de herramientas generativas como ChatGPT evidencian una actitud predominantemente positiva hacia la IA, basada en su utilidad para la escritura, la organización del pensamiento y la retroalimentación instantánea. Los participantes señalaron que la IA favorece la creatividad y la autoconfianza, al reducir la ansiedad ante tareas complejas y promover un aprendizaje autónomo. Sin embargo, esta valoración optimista se equilibra con preocupaciones éticas y cognitivas: muchos estudiantes expresaron temor a depender excesivamente de las respuestas automáticas y a perder la autoría intelectual.

Chan y Hu subrayan que el nivel de alfabetización en IA influye significativamente en la forma en que los estudiantes perciben su fiabilidad. Aquellos con mayor conocimiento técnico y comprensión crítica de los algoritmos mostraron una actitud más reflexiva y menos idealizada. Este hallazgo refuerza la necesidad de integrar la alfabetización ética digital como componente curricular transversal, de modo que el estudiante aprenda no solo a usar la IA, sino a pensar con y sobre ella.

Estas tendencias coinciden con observaciones realizadas en contextos latinoamericanos, donde el entusiasmo inicial hacia la IA suele coexistir con tensiones culturales y epistemológicas. El estudiante iberoamericano se mueve entre la fascinación por la tecnología global y la conciencia de los contextos locales marcados por desigualdades educativas. En este marco, la IA puede ser vista tanto como un símbolo de progreso como un recordatorio de las brechas estructurales que aún persisten.

Perspectivas docentes: ética, confianza y apropiación tecnológica

El rol del profesorado es determinante para el uso responsable de la IA

en la educación superior. Abbasi et al. (2025) destacan que los docentes con formación ética y pedagógica sólida son quienes logran una integración más reflexiva de la IA en sus clases. En su estudio, los profesores que comprendían las implicaciones sociales y morales de la automatización mostraban mayor disposición a emplear herramientas de IA para enriquecer la enseñanza, en lugar de reemplazar el acompañamiento humano. En cambio, quienes percibían la IA como una amenaza a su rol profesional tendían a evitar su uso o a aplicarla de manera superficial. Este hallazgo pone de relieve la importancia de una formación docente que incluya la ética tecnológica como parte de la didáctica universitaria. La confianza del profesor en la IA no proviene de la mera familiaridad técnica, sino de una comprensión profunda de su valor pedagógico y de sus límites morales.

En el contexto iberoamericano, esta confianza se encuentra mediada por factores institucionales. Las universidades con políticas claras sobre el uso ético de la IA, programas de capacitación y espacios de diálogo interdisciplinario tienden a generar actitudes más positivas y equilibradas entre su profesorado. Por el contrario, la ausencia de orientación ética institucional puede derivar en usos fragmentados o poco críticos de la tecnología. En este sentido, la ética no es solo una competencia individual, sino una cultura institucional que orienta las decisiones colectivas.

IA y equidad educativa: desafíos en el Sur Global

Falebita y Kok (2024), en su estudio sobre la integración de la IA en instituciones africanas de educación superior, identifican tres metas estratégicas que también son pertinentes para América Latina: el aprendizaje adaptativo, la optimización administrativa y la inclusión

educativa. Sin embargo, advierten que los avances tecnológicos tienden a profundizar las brechas existentes si no se acompañan de políticas equitativas. Las diferencias en infraestructura digital, formación docente y acceso a datos de calidad reproducen desigualdades estructurales que limitan el potencial transformador de la IA.

Este análisis adquiere relevancia en el contexto iberoamericano, donde la diversidad institucional y socioeconómica genera escenarios contrastantes. Mientras algunas universidades avanzan hacia la automatización inteligente de procesos académicos, otras enfrentan limitaciones básicas de conectividad y capacitación. De ahí que la ética de la IA deba incluir la justicia social como principio rector. La tecnología educativa no puede considerarse neutral; está atravesada por decisiones políticas que determinan quién accede al conocimiento y en qué condiciones.

Desde una perspectiva cristiana, la equidad no se reduce a la igualdad de recursos, sino que implica reconocer la dignidad de cada persona y su derecho a participar plenamente en la comunidad del conocimiento. La IA, bien utilizada, puede ser una herramienta de inclusión si se orienta al servicio de los más vulnerables. Pero, como advierte Deronzele-Acosta et al. (2024), la alfabetización digital sin formación ética puede derivar en una tecnocracia educativa que refuerce la dependencia y la deshumanización.

Inclusión y accesibilidad: nuevas oportunidades pedagógicas

La investigación de Pierrès et al. (2025) ofrece un enfoque alentador sobre la función inclusiva de la IA en la educación superior. Su estudio, basado en entrevistas con estudiantes con discapacidades, muestra que las tecnologías generativas y de apoyo pueden mejorar la autonomía, la comunicación y la participación en

entornos académicos. Las herramientas de reconocimiento de voz, traducción automática y síntesis de texto a audio son percibidas como aliadas del aprendizaje equitativo. No obstante, los autores subrayan que la inclusión tecnológica solo se logra plenamente cuando existe acompañamiento humano y políticas institucionales de accesibilidad. En otras palabras, la IA puede abrir puertas, pero corresponde a la comunidad educativa garantizar que nadie quede atrás. Esta conclusión refuerza el argumento de que la innovación debe ir acompañada de discernimiento ético. La inclusión no se alcanza mediante algoritmos, sino mediante la empatía institucional que da sentido a la tecnología.

Síntesis de tendencias empíricas y retos ético-pedagógicos

La revisión comparativa de los estudios analizados permite identificar patrones comunes. En primer lugar, las actitudes positivas hacia la IA se correlacionan con mayores niveles de alfabetización digital y ética. Los usuarios informados tienden a adoptar un enfoque prudente, mientras que los menos familiarizados son más susceptibles al entusiasmo acrítico o al rechazo temeroso. En segundo lugar, la formación docente emerge como un factor decisivo: los profesores éticamente conscientes son los mediadores que transforman la IA en un recurso educativo con sentido humanizador. Y, en tercer lugar, la equidad y la accesibilidad siguen siendo los ejes éticos pendientes que determinarán el futuro de la IA en la educación superior.

Estos hallazgos confirman que la adopción responsable de la IA no depende solo de la disponibilidad tecnológica, sino del desarrollo de una cultura educativa sustentada en valores. La ética de la IA, entendida como compromiso con la justicia, la verdad y la compasión, se con-

vierte en un horizonte pedagógico indispensable. Como sugiere Olivier (2025), la competencia ética no se enseña con algoritmos, sino mediante la práctica reflexiva y el ejemplo. Por ello, la educación universitaria debe fortalecer su vocación de comunidad moral, donde el conocimiento tecnológico se oriente hacia la construcción de un futuro compartido.

Alfabetización ética digital y sabiduría tecnológica

La presencia creciente de la inteligencia artificial (IA) en la educación superior obliga a replantear los fundamentos de la alfabetización digital. Tradicionalmente, este concepto se ha asociado con el dominio técnico de herramientas, el manejo de información y la capacidad de comunicación en entornos digitales. Sin embargo, en la era de la automatización y la inteligencia generativa, se hace necesario ampliar su sentido hacia una alfabetización ética digital, que combine competencia tecnológica, pensamiento crítico, juicio moral y sensibilidad espiritual.

La alfabetización ética digital implica mucho más que el aprendizaje del “cómo” de la tecnología; demanda comprender el “porqué” y el “para qué” del conocimiento digital. En términos de Deroncele-Acosta et al. (2024), formar usuarios responsables de IA requiere desarrollar no solo habilidades cognitivas y técnicas, sino también actitudes éticas orientadas a la responsabilidad, la justicia y la prudencia. Este enfoque concibe la educación tecnológica como un proceso de humanización y no como un simple adiestramiento instrumental.

De la competencia técnica al discernimiento moral

El primer paso hacia una alfabetización ética digital es superar la visión reduccionista del aprendizaje tecnológico. En muchos programas de educación

superior, la competencia digital se evalúa según la destreza para usar software o la rapidez en la búsqueda de información. Este modelo, centrado en la eficacia, deja de lado la pregunta fundamental: ¿qué tipo de seres humanos estamos formando en la era de la inteligencia artificial?

La integración de la ética en la alfabetización digital propone una transformación epistemológica: pasar de la adquisición de habilidades al ejercicio del discernimiento. Como explica Airaj (2024), la IA ofrece un nuevo escenario pedagógico donde los estudiantes deben aprender a decidir cuándo, cómo y por qué usar la tecnología. No basta con dominar los algoritmos; es necesario comprender su impacto en la verdad, la autonomía y la justicia. El discernimiento moral se convierte, así, en una competencia digital de orden superior.

Esta perspectiva tiene profundas implicaciones para la docencia universitaria. El profesor deja de ser un transmisor de contenidos digitales para convertirse en un mediador del sentido. Su tarea consiste en guiar a los estudiantes a reconocer que toda decisión tecnológica implica un valor y un propósito. Como afirma Birkelund (2000), la educación ética no se logra mediante la imposición de normas, sino a través de la práctica reflexiva que integra la razón y la afectividad. En el contexto de la IA, esta práctica se traduce en enseñar a pensar críticamente sobre los resultados generados por sistemas automatizados, sin perder de vista la responsabilidad humana que los orienta.

Sabiduría tecnológica: una virtud para la era digital

El concepto de sabiduría tecnológica surge como una categoría clave para comprender la alfabetización ética digital desde una cosmovisión cristiana. La sabiduría no se opone al conocimiento,

sino que lo orienta hacia el bien. Según la tradición bíblica, “el temor de Jehová es el principio de la sabiduría” (Proverbios 9:10), lo cual implica reconocer la finitud humana frente al poder del conocimiento. Aplicada a la tecnología, esta idea nos invita a usar la inteligencia artificial con reverencia, humildad y sentido de propósito.

La sabiduría tecnológica se caracteriza por tres rasgos esenciales:

1. **Humildad epistémica**, que reconoce los límites del conocimiento humano y la falibilidad de los algoritmos.

2. **Discernimiento moral**, que evalúa las consecuencias de las acciones tecnológicas sobre las personas y las comunidades.

3. **Orientación al servicio**, que entiende la innovación como medio para promover la justicia y el bienestar social.

Este concepto conecta con la visión educativa de Deroncele-Acosta et al. (2024), quienes incluyen entre los diez pilares de la IA educativa la transparencia, la equidad y la responsabilidad social. Asimismo, se alinea con los planteamientos de Falebita y Kok (2024) acerca de la necesidad de un liderazgo educativo que combine competencia tecnológica con integridad moral. Estos marcos teóricos sostienen la tesis de que la sabiduría, más que el conocimiento técnico, será el rasgo distintivo de las instituciones universitarias.

Espiritualidad del conocimiento y formación integral

Una educación integral que aspire a la excelencia moral y académica debe incorporar la dimensión espiritual del conocimiento. Desde la perspectiva cristiana, el aprendizaje no es un proceso meramente cognitivo, sino una experiencia relacional con el Creador, con la verdad y con los demás. La espiritualidad del conocimiento consiste en reconocer que

toda búsqueda de saber debe orientarse por principios de amor, justicia y servicio.

La IA, en este sentido, puede convertirse en un espacio pedagógico para ejercitar la espiritualidad aplicada: aprender a usar el conocimiento con humildad, empatía y compasión. Esta visión se alinea con los principios de la educación cristiana integral, que concibe la enseñanza como el desarrollo armónico de las facultades físicas, mentales y espirituales del ser humano. La alfabetización ética digital, por tanto, no se limita a formar expertos en tecnología, sino personas con carácter, capaces de actuar con integridad en entornos complejos.

El desafío consiste en traducir esta espiritualidad en prácticas concretas de enseñanza y aprendizaje. Algunos ejemplos incluyen: (a) reflexiones éticas integradas en asignaturas técnicas, donde los estudiantes discutan dilemas sobre privacidad, autoría o sesgos algorítmicos; (b) proyectos de servicio comunitario mediado por IA, que conecten la innovación con la justicia social; y (c) tutorías reflexivas, donde los docentes acompañen a los estudiantes en la toma de decisiones morales relacionadas con la tecnología.

En este contexto surge un desafío ético particularmente relevante: la honestidad intelectual en el uso de la inteligencia artificial. Las herramientas generativas permiten producir textos académicos completos en pocos segundos, lo que plantea interrogantes sobre la autoría y la responsabilidad del estudiante en el proceso de aprendizaje. Presentar como propio un trabajo generado por sistemas de IA sin reconocer su intervención constituye una forma de deshonestidad académica que empobrece el desarrollo del pensamiento.

Por ello, la alfabetización ética digital debe incluir orientaciones explícitas sobre el uso transparente de estas herramientas que promuevan prácticas pedagógi-

cas donde la IA se utilice como apoyo para explorar ideas o revisar textos, pero donde el análisis, la interpretación y la argumentación final correspondan siempre al estudiante.

En este sentido, el proceso de utilización de la IA puede ser también acompañado y guiado por el docente, integrando estas herramientas de manera intencional en las actividades de aprendizaje, de modo que el estudiante aprenda a interactuar con los sistemas generativos y a desarrollar un pensamiento propio fortalecido por el uso responsable de la tecnología.

Estas experiencias ayudan a los universitarios a descubrir que la sabiduría tecnológica no se reduce al cálculo o la eficiencia, sino que implica sensibilidad moral y propósito trascendente.

Dimensión comunitaria de la alfabetización ética

La alfabetización ética digital no puede reducirse a una competencia individual; debe asumirse como una responsabilidad comunitaria. Las universidades están llamadas a convertirse en comunidades de discernimiento ético, donde la reflexión sobre la IA se realice de manera interdisciplinaria y participativa. De acuerdo con Abbasi et al. (2025), los espacios de diálogo entre docentes, estudiantes y directivos son esenciales para generar confianza y coherencia institucional.

En el contexto iberoamericano, esta dimensión comunitaria cobra especial relevancia, ya que la cultura académica se caracteriza por la valoración de las relaciones interpersonales y el compromiso social. Promover la alfabetización ética digital en este entorno significa fomentar una pedagogía de la corresponsabilidad: todos los actores educativos —docentes, estudiantes y autoridades— comparten la tarea de orientar el uso de la tecnología hacia fines humanizadores.

Este enfoque concuerda con los

planteamientos de la UNESCO (2022), que defiende una visión de la IA centrada en los valores humanos universales. Según este organismo, las políticas educativas deben garantizar que la IA contribuya a la equidad, la sostenibilidad y la paz, evitando que se convierta en un factor de exclusión o manipulación. De este modo, la ética digital no solo se enseña, sino que se vive colectivamente, en la construcción cotidiana de una cultura institucional justa y compasiva.

Formación del carácter en la era de la inteligencia artificial

La educación superior del siglo XXI no puede limitarse a transmitir conocimientos técnicos o científicos; su objetivo principal debe ser la formación del carácter. En un mundo donde las máquinas aprenden más rápido que los humanos, lo que distingue al ser humano no es la capacidad de procesar datos, sino la de otorgarles sentido moral.

Como señala Olivier (2025), la relación entre conocimiento, actitudes y ética define la calidad del uso de la IA. Cuando el aprendizaje carece de dirección moral, la tecnología corre el riesgo de amplificar los errores humanos en lugar de corregirlos. Por ello, la alfabetización ética digital debe incluir la práctica de virtudes como la honestidad, la responsabilidad, la empatía y la templanza.

En el contexto educativo, estas virtudes pueden ejercitarse mediante prácticas pedagógicas concretas relacionadas con el uso de la inteligencia artificial. Por ejemplo, la honestidad intelectual puede trabajarse cuando el docente solicita a los estudiantes que utilicen herramientas de IA para generar un primer borrador de ideas, pero exige posteriormente un análisis personal donde el estudiante explique qué partes del texto fueron producidas por la IA y cómo fueron modificadas o reinterpretadas. La respons-

abilidad puede fomentarse mediante actividades donde los alumnos evalúen la fiabilidad de las respuestas generadas por sistemas de IA, donde se identifiquen posibles sesgos, errores, o limitaciones de las fuentes utilizadas.

De igual modo, la empatía puede cultivarse mediante actividades donde los estudiantes utilicen herramientas de IA para analizar problemáticas sociales concretas. Por ejemplo, el docente puede solicitar que los estudiantes exploren con IA distintos escenarios relacionados con el acceso desigual a la educación, la discapacidad o las brechas digitales, y posteriormente reflexionen críticamente sobre cómo los sistemas automatizados pueden afectar de manera diferente a diversos grupos sociales. Este ejercicio permite comprender que las decisiones tecnológicas no son neutras y que el uso responsable de la IA debe considerar siempre el impacto humano y social de sus aplicaciones.

Finalmente, la templanza tecnológica puede desarrollarse mediante ejercicios de autorregulación digital, donde los estudiantes reflexionen sobre cuándo el uso de la IA potencia su aprendizaje y cuándo puede sustituir indebidamente su propio proceso cognitivo. En todos estos casos, el papel del docente consiste en explicitar el objetivo formativo de estas actividades, y donde destaque que el uso de la tecnología constituye también una oportunidad para la formación del carácter. Estas virtudes constituyen el fundamento del carácter, entendido como la síntesis entre convicción y acción.

La formación del carácter no se enseña con discursos, sino con ejemplos y acompañamiento. El docente éticamente consciente se convierte en un modelo vivo de prudencia tecnológica, mostrando cómo la sabiduría puede coexistir con la innovación. Esta es, en última instancia, la meta de la educación cristiana: enseñar

a los estudiantes no solo a pensar, sino a vivir con integridad en un mundo digitalizado.

Hacia un modelo ético-pedagógico integral

El análisis teórico y empírico de la relación entre inteligencia artificial (IA), ética y educación permite vislumbrar la necesidad de un modelo pedagógico que oriente la integración tecnológica desde una perspectiva espiritual. La formación universitaria en la era digital no puede limitarse a la capacitación técnica ni a la transmisión de valores abstractos; debe promover una praxis educativa donde el conocimiento y la virtud se desarrollen de manera inseparable.

Un modelo ético-pedagógico integral busca precisamente articular tres dimensiones que, en su interdependencia, configuran el horizonte de la educación contemporánea: la prudencia tecnológica, la formación integral y la justicia digital. Estas dimensiones no representan pasos secuenciales, sino ejes dinámicos que atraviesan el proceso formativo en todos sus niveles.

La prudencia tecnológica como principio rector

La prudencia tecnológica se define como la capacidad de usar la IA con juicio moral, reconociendo sus límites y consecuencias. En el pensamiento aristotélico, la prudencia (*phronesis*) es la virtud del sabio práctico, aquel que actúa bien porque sabe deliberar sobre lo que conviene al bien común. Trasladada al ámbito de la educación, esta virtud se manifiesta en la elección responsable de herramientas digitales, en el discernimiento ante los dilemas éticos y en la actitud crítica frente a la automatización del conocimiento.

La prudencia tecnológica se ejerce en tres niveles:

1. El nivel personal, donde el estudiante desarrolla autocontrol y reflexión ante el uso de la IA.

2. El nivel docente, donde el profesor orienta el aprendizaje sin delegar su papel formativo a los algoritmos.

3. El nivel institucional, donde las universidades establecen políticas y marcos éticos que garantizan el uso responsable de la tecnología.

Este triple nivel de prudencia constituye la base del modelo ético-pedagógico, pues permite equilibrar la creatividad tecnológica con la responsabilidad moral. En palabras de Airaj (2024), "la educación ética no se impone, se encarna": el discernimiento tecnológico se aprende en la práctica, en el diálogo y en la reflexión sobre los límites del poder humano frente a la inteligencia artificial.

La formación integral como horizonte de la educación ética

El segundo componente del modelo es la formación integral, entendida como el desarrollo armónico de las facultades cognitivas, emocionales, sociales y espirituales del ser humano. Desde la perspectiva cristiana, este ideal educativo se inspira en la visión bíblica del ser humano como una totalidad creada a imagen de Dios. La verdadera educación no busca solo la excelencia académica, sino la plenitud del carácter moral.

En el contexto de la IA, la formación integral requiere enseñar a los estudiantes a interactuar con la tecnología sin perder el sentido de su identidad y vocación. La IA puede potenciar la creatividad, pero también puede erosionar la autonomía si se usa sin criterio. Por ello, la educación ética debe acompañar el aprendizaje digital con espacios de introspección, servicio y diálogo sobre los valores que guían la acción humana.

La formación integral implica también fomentar la virtud de la templanza tec-

nológica; es decir, el equilibrio entre el uso productivo y el descanso reflexivo. En una cultura marcada por la hiperconectividad, enseñar a desconectarse puede ser un acto educativo tan significativo como enseñar a programar. Como subraya Birkelund (2000), la ética se aprende a través de la experiencia estética y existencial; el silencio, la contemplación y el encuentro humano son parte esencial de la sabiduría.

La justicia digital como compromiso institucional

La tercera dimensión del modelo es la justicia digital, entendida como el compromiso de garantizar un acceso equitativo, seguro y digno al conocimiento tecnológico. En un mundo donde la IA puede amplificar desigualdades, la justicia digital se convierte en una exigencia ética y política. Las universidades tienen la responsabilidad de crear entornos que promuevan la equidad tecnológica y protejan los derechos de los usuarios.

Falebita y Kok (2024) insisten en que la justicia digital no puede lograrse solo mediante infraestructura, sino mediante liderazgo moral. De igual forma, Deroncele-Acosta et al. (2024) destacan la importancia de la transparencia en los sistemas de IA educativa y de la rendición de cuentas sobre los datos utilizados. En el contexto iberoamericano, donde las brechas digitales suelen reflejar desigualdades económicas y culturales, la justicia digital adquiere un carácter formativo: enseñar a compartir, incluir y proteger al otro mediante el uso ético del conocimiento.

La educación cristiana ofrece un fundamento teológico para esta dimensión: la justicia es expresión del amor activo al prójimo. El mandato bíblico de "hacer justicia, amar misericordia y caminar humildemente con Dios" (Miqueas 6:8) resume el ideal ético que debe guiar la innovación

universitaria. De este modo, la tecnología se convierte en un medio para servir, no para dominar, y la IA se inscribe dentro de un proyecto de fraternidad académica.

Síntesis conceptual del modelo

El modelo ético-pedagógico integral se sustenta en la convergencia de los tres ejes analizados. La Tabla 1 presenta una síntesis de estos elementos y de las fuentes que los respaldan.

A continuación, se presenta un esquema visual en la Figura 1, del modelo ético-pedagógico integral propuesto, que sintetiza sus tres dimensiones fundamentales y sus componentes orientadores para la acción educativa.

Proyección práctica del modelo

El modelo ético-pedagógico no pretende ofrecer un conjunto cerrado de normas, sino un marco orientador para la acción educativa. Su implementación requiere estrategias que vinculen la reflexión ética con la práctica docente e institucional. Entre las más relevantes se pueden mencionar:

1. Diseño curricular transversal: incorporar módulos o actividades de alfabetización ética digital en todas las áreas del conocimiento, integrando el análisis de dilemas éticos en las asignaturas técnicas.

2. Formación docente continua: crear programas de actualización en ética de la tecnología, donde los profesores aprendan a modelar actitudes de responsabilidad, discernimiento y servicio.

3. Políticas institucionales de IA responsable: establecer códigos de conducta, comités de ética tecnológica y mecanismos de evaluación del impacto moral de las innovaciones educativas.

4. Investigación interdisciplinaria: fomentar proyectos que unan educación, ética, filosofía y teología en el estudio de la IA y su influencia en la formación uni-

Tabla 1*Síntesis conceptual del modelo propuesto*

Eje central	Descripción breve	Autores principales	Aportes
Innovación tecnológica y educación superior	La IA transforma los procesos de enseñanza, evaluación y gestión, generando oportunidades y tensiones éticas.	Chan y Hu (2023); Abbasi et al. (2025); Falebita y Kok (2024).	Actitudes positivas hacia la IA; necesidad de políticas éticas y alfabetización digital.
Ética formativa y discernimiento moral	La ética no se enseña solo con teoría, sino mediante experiencia y acompañamiento. La IA exige juicio y responsabilidad.	Birkelund (2000); Burton et al. (2017); Airaj (2024).	Enfatizan el carácter formativo y experiencial de la ética en contextos tecnológicos.
Cosmovisión cristiana y sabiduría tecnológica	La creatividad humana debe regirse por principios espirituales de justicia, servicio y amor.	Deroncele-Acosta et al. (2024); Pierrès et al. (2025); textos bíblicos.	Propone una mayordomía tecnológica y una integración fe-ciencia en la educación.

Nota: Elaboración propia a partir de las fuentes citadas.

Figura 1

Representación gráfica del modelo ético-pedagógico integral para la educación superior en la era de la inteligencia artificial



versitaria.

5. Comunidades de práctica y servicio: promover espacios colaborativos donde estudiantes y docentes apliquen la IA en proyectos de justicia social, sostenibilidad y desarrollo humano.

La aplicación de estas estrategias permite operacionalizar el modelo ético-pedagógico en diversos niveles institucionales. Por ejemplo, los currículos pueden incluir estudios de caso sobre dilemas éticos en IA; los docentes pueden aplicar rúbricas de uso responsable de tecnología; y las universidades pueden establecer centros de ética tecnológica que promuevan la formación del carácter mediante proyectos interdisciplinarios. Estas acciones concretas reflejan que el modelo no solo es una propuesta conceptual, sino una herramienta orientadora para la transformación educativa.

Evaluación del modelo y desafíos futuros

La aplicación de un modelo ético-pedagógico integral enfrenta desafíos significativos. Entre ellos destacan la falta de formación ética especializada en el profesorado, la presión institucional por resultados cuantificables y la tendencia global a subordinar la educación a los intereses del mercado tecnológico. Sin embargo, también emergen oportunidades: la expansión de la IA ha despertado un renovado interés por la filosofía, la teología y las humanidades como disciplinas esenciales para comprender la complejidad del mundo digital.

El futuro de la educación superior dependerá de su capacidad para equilibrar innovación y humanidad. La IA puede convertirse en una aliada del pensamiento crítico si se la orienta con sabiduría y humildad. Este modelo propone precisamente esa síntesis: formar personas competentes y virtuosas que, en lugar de ser moldeadas por la tecnología, aprendan a transformarla con criterio y compasión.

Contribuciones del estudio

Este ensayo ofrece tres contribuciones principales al campo de la educación superior en el contexto digital:

1. Teórica: propone una articulación original entre ética formativa, alfabetización digital y cosmovisión cristiana, integrando literatura reciente en un marco coherente de análisis. El modelo ético-pedagógico integral aporta una categoría conceptual útil para abordar los desafíos contemporáneos de la IA en la educación.

2. Práctica: brinda orientaciones concretas para la transformación institucional, curricular y docente, promoviendo el uso responsable de la inteligencia artificial como herramienta de inclusión, discernimiento y formación del carácter. Las estrategias presentadas permiten adaptar el modelo a contextos educativos diversos, especialmente en entornos iberoamericanos.

3. Epistemológica y axiológica: reivindica una visión del conocimiento que supera la dicotomía entre técnica y espiritualidad, proponiendo la sabiduría tecnológica como horizonte formativo. Desde esta perspectiva, el ensayo contribuye al debate global sobre la ética de la IA con una voz situada, integral y desde una cosmovisión cristiana.

Estas contribuciones posicionan el trabajo como un insumo relevante tanto para la investigación educativa como para el diseño de políticas universitarias que aspiren a integrar innovación con justicia, eficiencia con compasión y tecnología con sabiduría.

Conclusiones y proyección educativa

La expansión de la inteligencia artificial (IA) en la educación superior representa uno de los desafíos más trascendentes del siglo XXI. Más allá de su impacto técnico o administrativo, la IA plantea una pregunta profundamente

humana: ¿cómo mantener el sentido ético y espiritual del conocimiento en un mundo mediado por algoritmos? Este ensayo ha buscado responder a esa interrogante desde una perspectiva interdisciplinaria, integrando fundamentos teóricos, evidencias empíricas y principios inspirados en la cosmovisión cristiana.

El recorrido realizado permite identificar tres conclusiones centrales:

1. La ética no puede ser un añadido posterior al desarrollo tecnológico, sino su fundamento. Los hallazgos revisados muestran que las actitudes responsables hacia la IA emergen cuando la formación académica incluye espacios de reflexión moral. Los estudiantes y docentes que comprenden las implicaciones éticas del uso tecnológico son más capaces de ejercer discernimiento y autonomía. La alfabetización digital, en consecuencia, debe concebirse como una alfabetización moral, donde aprender a pensar críticamente y decidir con prudencia sea tan importante como aprender a programar.

2. La formación ética en la era digital exige un modelo integral que una la razón y la fe, la técnica y la virtud. El modelo propuesto en este ensayo –basado en los principios de prudencia tecnológica, formación integral y justicia digital– ofrece una guía para reconfigurar la educación superior. Este marco no pretende oponer tecnología y espiritualidad, sino reconciliarlas bajo la idea de sabiduría tecnológica: el uso responsable del conocimiento al servicio del bien común. En este sentido, la IA no debe percibirse como un fin, sino como un medio para fortalecer la compasión y la justicia.

3. La educación superior tiene la misión de formar comunidades de discernimiento ético. La ética de la IA no puede delegarse en manuales institucionales o comités aislados; requiere una cultura compartida donde los valores se vivan en la práctica docente, en la investigación y en la gestión universitaria. Las

universidades están llamadas a ser espacios de encuentro donde la tecnología se humaniza y la sabiduría se cultiva colectivamente. Esto implica repensar el currículo, la docencia y las políticas institucionales desde una visión del conocimiento como acto de servicio.

Desde la perspectiva iberoamericana, este enfoque adquiere especial relevancia. En sociedades marcadas por la desigualdad tecnológica y la búsqueda de identidad cultural, la IA puede ser tanto una amenaza como una oportunidad. Si se orienta con criterio ético y espíritu comunitario, puede contribuir a reducir brechas, potenciar la inclusión y fortalecer la justicia social. Pero si se adopta sin discernimiento, corre el riesgo de perpetuar la dependencia y la deshumanización. La educación cristiana ofrece un antídoto contra esa tentación tecnocrática: recuerda que la verdadera sabiduría no consiste en dominar, sino en servir.

La proyección educativa de esta reflexión invita a desarrollar programas de ética aplicada a la inteligencia artificial en la educación superior, a consolidar políticas institucionales de IA responsable y a fomentar investigaciones interdisciplinarias que integren pedagogía, teología y filosofía tecnológica. Asimismo, se propone incluir en los planes de estudio espacios de contemplación y servicio, donde los estudiantes aprendan a equilibrar innovación con humildad, eficiencia con empatía y conocimiento con compasión.

En última instancia, el sentido de la educación en la era de la inteligencia artificial se define no por la cantidad de datos procesados, sino por la calidad moral de las decisiones que se toman. Educar para el uso ético de la IA significa educar para la sabiduría, entendida como la unión del entendimiento y el amor. Como señala el Evangelio, “por sus

frutos los conoceréis” (Mateo 7:16); así también, por los frutos éticos de la tecnología se conocerá la autenticidad de las universidades.

La educación superior del futuro no puede ser solo más inteligente; debe ser

más sabia. Su éxito no dependerá de la sofisticación de sus algoritmos, sino de la capacidad de sus docentes y estudiantes para reconocer en la inteligencia artificial una oportunidad para servir, cuidar y humanizar el conocimiento.

Referencias

- Abbasi, B. N., Wu, Y. y Luo, Z. (2025). Exploring the impact of artificial intelligence on curriculum development in global higher education institutions. *Education and Information Technologies*, 30(1), 547–581. <https://doi.org/10.1007/s10639-024-13113-z>
- Airaj, M. (2024). Ethical artificial intelligence for teaching-learning in higher education. *Education and Information Technologies*, 29(13), 17145–17167. <https://doi.org/10.1007/s10639-024-12545-x>
- Birkelund, R. (2000). Ethics and education. *Nursing Ethics*, 7(6), 473–480. <https://doi.org/10.1177/096973300000700603>
- Burton, E., Goldsmith, J., Koenig, S., Kuipers, B., Mattei, N. y Walsh, T. (2017). *Ethical considerations in artificial intelligence courses* (No. arXiv:1701.07769). arXiv. <http://arxiv.org/abs/1701.07769>
- Chan, C. K. Y. y Hu, W. (2023). Students' voices on generative AI: Perceptions, benefits, and challenges in higher education. *International Journal of Educational Technology in Higher Education*, 20(1), 43. <https://doi.org/10.1186/s41239-023-00411-8>
- Deroncele-Acosta, A., Bellido-Valdiviezo, O., Sánchez-Trujillo, M. de los Á., Palacios-Núñez, M. L., Rueda-Garcés, H. y Brito-Garcías, J. G. (2024). Ten essential pillars in artificial intelligence for university science education: A scoping review. *Sage Open*, 14(3), 21582440241272016. <https://doi.org/10.1177/21582440241272016>
- Falebita, O. S. y Kok, P. J. (2024). Strategic goals for artificial intelligence integration among STEM academics and undergraduates in African higher education: A systematic review. *Discover Education*, 3(1), 151. <https://doi.org/10.1007/s44217-024-00252-1>
- Olivier, S. (2025). *Analysis of the relationships between knowledge, attitudes, ethical perception, and usage skills of artificial intelligence in higher education students* (Publicación N° 32273227) [Tesis doctoral, Universidad de Montemorelos]. ProQuest Dissertations and Theses Global.
- Pierrès, O., Darvishy, A. y Christen, M. (2025). Exploring the role of generative AI in higher education: Semi-structured interviews with students with disabilities. *Education and Information Technologies*, 30, 8923–8952. <https://doi.org/10.1007/s10639-024-13134-8>
- UNESCO. (2022). *Recommendation on the ethics of artificial intelligence*. <https://unesdoc.unesco.org/ark:/48223/pf0000381137.locale=es>

